Klemens Stock

JESÚS, EL HIJO DE DIOS

Meditaciones sobre el Evangelio de san Juan

didaskalos

82

didaskalos

KLEMENS STOCK, SJ

JESÚS, EL HIJO DE DIOS

Meditaciones sobre el evangelio de san Juan

Traducción de
PABLO CERVERA BARRANCO

didaskalos

Imagen de cubierta: Cristo Pantocrator, iglesia de Sant Climent de Taull, Valle del Boi

Primera edición: abril 2023

© Klemens Stock, SJ

Créditos de la obra original: *Jesus der Sohn Gottes. Betrachtungen zum Johannes Evangelium* (Tyrolia Verlag, Innsbruck-Viena 1987)

Traducción: Pablo Cervera Barranco

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-11205-2023
ISBN: 978-84-19431-15-8

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023
www.editorialdidaskalos.org

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

Págs.

Introducción 7
1. El Verbo de Dios (Jn 1,1-13). 9
2. El Verbo hecho carne (Jn 1,14-18). 17
3. Juan, el testigo (Jn 1,19-28) 25
4. El testimonio de Juan (Jn 1,29-34) 29
5. Primer encuentro (Jn 1,35-51) 35
6. Plenitud de alegría (Jn 2,1-11) 42
7. En honor del Padre (Jn 2,13-25) 48
8. El nuevo nacimiento, necesario y regalado (Jn 3,1-13) . 54
9. El amor increíble (Jn 3,14-21) 59
10. Encuentro inesperado (Jn 4,1-42) 64
11. Por encima de la salud (Jn 5,1-18). 72
12. Pan para todos (Jn 6,1-15) 77
13. Yo soy el pan de la vida (Jn 6,22-51) 82
14. Vida desde el don de la vida (Jn 6,51-59). 90
15. Irse o quedarse (Jn 6,60-69) 95
16. Fuente de la que brota la vida (Jn 7,37-39). 99
17. Jesús y la adúltera (Jn 8,1-11). 103
18. Yo soy la luz del mundo (Jn 8,12-20). 107
19. Luz para los ciegos (Jn 9,1-41). 111
20. «Yo soy el buen Pastor» (Jn 10,1-21) 118

Págs.

21. Al reparo en las manos de Dios (Jn 10,22-39) 124
22. «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,1-45) 128
23. Luz desde la cruz (Jn 12,20-36) 135
24. Jesús, Palabra de Dios (Jn 12,37-50) 140
25. Comunión con Jesús (Jn 13,1-17) 145
26. Luz desde la muerte (Jn 13,31-35) 150
27. Comunión permanente (Jn 14,1-14) 154
28. Observar sus mandamientos (]n 14,15-21). 160
29. No os abandono (Jn 14,22-31). 164
30. Apostolado fecundo (Jn 15,1-17). 169
31. Apostolado difícil (Jn 15,18-27) 175
32. La Casa del Padre (Jn 16,16-33) 180
33. ¡Guárdalos en tu nombre! (Jn 17,1-19) 186
34. Oración por los que son enviados (Jn 17,20-26) 192
35. Jesús, el rey (Jn 18,33-38). 196
36. El discípulo y Madre de Jesús (Jn 19,25-27) 200
37. Signos del cumplimiento (Jn 19,31-37). 204
38. Entre tinieblas y luz (Jn 20,1-10). 208
39. Padre mío y Padre vuestro (Jn 20,11-18). 212
40. «¡Paz a vosotros!» (Jn 20,19-23) 216
41. «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20,24-31) 220
42. Comunión con el resucitado (Jn 21,1-23) 224

Introducción

La liturgia prevé un año de Mateo, uno de Marcos y otro de Lucas. En los domingos del ciclo anual se leen, casi continuamente, pasajes del evangelio que toca en ese año. A pesar de todo, no está previsto por la liturgia un año de Juan. Sin embargo, su Evangelio no se descuida en la celebración eucarística. Aunque no haya una alternancia, cada año las fiestas propias del año litúrgico están marcadas por ella. El pasaje evangélico que se lee con más frecuencia en el tiempo de Navidad es el prólogo de Juan. En muchos domingos de Cuaresma y en casi todos los domingos del Tiempo de Pascua escuchamos el anuncio de la Buena Nueva según Juan. Y pasajes de este evangelio también se leen en días de la semana de parte del Tiempo de Navidad y de Cuaresma y en casi todo el Tiempo pascual. Encontramos el evangelio de Juan en los momentos culminantes del año litúrgico: es el Evangelio de las solemnidades.

El lenguaje de este evangelio puede parecer monótono y difícil; pero constituye una sucesión de encuentros llenos de tensión,

y es imposible tropezar con ella sin encontrarse inmediatamente en el centro de la fe cristiana. Cada una de sus páginas se refiere al mensaje nuevo e inaudito sobre Dios, que nos ha llegado a través de Jesús, el Hijo de Dios. Por medio de Jesús, Dios es conocido como aquel que vive no sólo consigo mismo y que se enfrenta sólo a criaturas inferiores, sino como aquel que es en sí mismo unión viva de Padre e Hijo. Dios envía a su Hijo al mundo y lo expone a la muerte, mostrando así la sobreabundancia de su amor y su solicitud con nosotros los hombres: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que quien crea en él no muera, sino que tenga vida eterna» (3,16). Jesús fue enviado para sustraernos de la caída en la transitoriedad, en la vanidad y en la muerte. Él dice de sí mismo: «He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (10,10). El medio para tener vida es la fe en el Hijo de Dios. Si creemos en él, si confiamos y nos abandonamos con plena confianza a su persona, dejamos la esfera de la muerte y de la vanidad. Con su mediación se nos admite a su unión con Dios, que es vida incorruptible, eterna, en alegría viviente.

Como en los tres volúmenes de explicación de los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas[1], también en este se tienen en cuenta sobre todo los pasajes leídos en la liturgia. El mensaje evangélico se debe sacar siguiendo de cerca el texto evangélico. Las preguntas al final del capítulo quieren recordar que el evangelio nos plantea preguntas y pide como respuesta nuestra conversión. No quieren ser más que una invitación a una reflexión por cuenta propia.

---

[1] NdT: *Jesus - die Frohe Botschaft : Meditationen zu Markus* (Tyrolia-Verlag, Innsbruck- Viena 1983); *Jesus - die Güte Gottes : Betrachtungen zum Lukas-Evangelium* (Tyrolia-Verlag, Innsbruck- Viena 1984); *Jesus - Künder der Seligkeit : Betrachtungen zum Matthäus-Evangelium* (Tyrolia-Verlag, Innsbruck- Viena 1986). Proxima publicación de todos ellos en Didaskalos

1. *El Verbo de Dios*

(Jn 1,1-13)

1 [1] En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios,
y el Verbo era Dios.
[2] Este estaba en el principio junto a Dios.
[3] Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de
cuanto se ha hecho.
[4] En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.
[5] Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió.
[6] Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan:
[7] este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para
que todos creyeran por medio de él.
[8] No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz.
[9] El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre,
viniendo al mundo.
[10] En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el
mundo no lo conoció.
[11] Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron.
[12] Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de
Dios, a los que creen en su nombre.
[13] Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de
deseo de varón, sino que han nacido de Dios.

Cada uno de los cuatro evangelios tiene su modo propio de comenzar. Mateo se vincula con la historia de la salvación: presenta de inmediato a Jesucristo como hijo de David e hijo de Abrahán. Al presentar el árbol genealógico de Jesús, pone de relieve su pertenencia al pueblo de Israel y muestra cómo la

historia de Dios y de su pueblo tiene en él su cumplimiento y su meta (cf. Mt 1,1-17). Marcos hace referencia a la predicación de la Buena Nueva en su tiempo, que tiene este contenido: Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Con su obra, Marcos quiere mostrar el principio, es decir, el origen, el fundamento de tal predicación (cf. Mc 1,1-15). Lucas inicia su escrito con un prólogo, al modo de los historiadores antiguos. Quiere referir todo con orden (1,3); por eso, comienza con el anuncio del nacimiento del Bautista (1,5-25). El protagonista de su evangelio se convierte en figura central poco a poco, después de haber mencionado en 1,31 por primera vez su nombre y después de haber precisado en 2,11 su posición. El evangelio de Juan, antes de llamar a Jesucristo por su nombre en 1,17, ha definido ya en 1,1-13 sus rasgos esenciales y en 1,14-18 describe la forma, el contenido y el presupuesto de su venida a la tierra.

Para Juan, Jesucristo es *el Verbo.* Con esta definición quiere expresar la más íntima realidad de Jesús, su procedencia de Dios y su importancia para nosotros, los hombres. El pueblo de Israel conoce a su Dios como aquel que le habla: no como el Dios que se cierra, recluyéndose en el silencio, el Dios desconocido, lejano y que infunde temor, sino como el Dios que se dirige a él y le da a conocer sus intenciones y su voluntad. Ha hablado a Abrahán, le ha llamado y le ha hecho la promesa de la gran bendición (Gén 12,1-3). Por medio de Moisés ha liberado al pueblo de la esclavitud y le ha notificado su voluntad, especialmente en las «Diez palabras» o diez mandamientos (decálogo). Por medio de los profetas ha intervenido en las diversas vicisitudes de la historia de su pueblo, les ha dirigido su palabra para que la transmitieran como palabra de mandato, de exhortación y de admonición, como palabra de promesa y de ánimo. La palabra

de Dios está al comienzo de toda la historia. Con su poderosa palabra creadora, Dios ha llamado a todo a la existencia. Todo viene de esta palabra. Por medio de ella se dirige Dios a sus criaturas, se revela a ellas, las hace partícipes de todos sus planes y de su voluntad sobre ellas. La palabra de Dios ha dado el ser y la vida. Ella se dirige a nosotros pidiendo nuestra respuesta. Es petición y promesa. Viene de Dios y fundamenta y determina la relación entre Dios y los hombres.

Jesucristo no ha transmitido sólo, como un profeta, la palabra de Dios. Él mismo *es* esta palabra, la primera y última palabra de Dios. En él Dios se revela de modo definitivo y pleno, nos habla y nos hace partícipes de su propia intimidad. Al dirigirse a nosotros hay siempre también una petición, un pedir cuentas. Las características de esta palabra de Dios, la profundidad de la que viene, la relación que mantiene con toda la creación, las implicaciones que entraña para nosotros nuestra relación con ella; todo esto lo describe Juan en 1,1-13.

La palabra, que en Jesucristo se nos ha transmitido a los hombres, no resuena para luego extinguirse, sino que es eterna y perenne como el mismo Dios: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. El Verbo en el principio estaba junto a Dios» (1,1-2). La relación de la persona que es el Verbo de Dios con el mismo Dios viene definida aquí con tres afirmaciones: el Verbo es eterno e increado como Dios; vive en perenne unidad con Dios; es Dios del mismo modo en que Dios es Dios. Estas tres afirmaciones se resumen en el segundo versículo del evangelio, repetidas y fijadas como inmutables. Ellas definen la más profunda sustancia, la cualidad esencial y el género de esta persona que es el Verbo de Dios, de la que el evangelio nos refiere su camino sobre la tierra, sus palabras y

sus acciones. En todo lo que Jesús realiza se verifica esto: él no es portador de palabras de Dios, sino que es el Verbo mismo de Dios, sólido y digno de crédito, como Dios en su profundidad divina y en su altura divina.

La Sagrada Escritura se abre con la afirmación: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gén 1,1). El Evangelio de Juan, sin embargo, no comienza diciendo: «En el principio Dios creó el Verbo», sino con la afirmación: «En el principio existía el Verbo». Como Dios, el Verbo no es creado, sino que existe desde siempre, vive desde antes de la creación, es sin principio y sin fin, eterno e insuperable. Este Verbo eterno está eternamente junto a Dios. Es un interlocutor viviente de Dios y está unido a él con una unión eterna y sin mediación. Esta unión tiene lugar en el mismo plano divino; los interlocutores son iguales entre sí. No se trata, por tanto, de la relación entre Creador y criatura. El Verbo es de sustancia divina y de cualidad divina; tiene el mismo grado de ser que Dios; es Dios, como Dios es Dios. Sólo a partir de su relación con Dios se pueden comprender su importancia, valor, poder y plenitud.

Juan habla de la creación sólo en segundo lugar. Eterna e infinitamente antes que la relación «Creador-criatura» está la relación «Dios-Verbo de Dios». La relación del Verbo con la creación es definida así: «Todo se hizo por medio de él». También esta afirmación se repite y subraya: «Sin él no se hizo nada de lo que se ha hecho» (1,3). Todo lo creado se debe al Verbo divino (cf. 1 Cor 8,6; Col 1,16; Heb 1,2), depende de él en su existir. El Verbo vive en eterna unión con Dios; está vinculado a la creación desde el origen de esta; es, en su esencia, Verbo de Dios. Y cuando viene al mundo, no instaura una nueva relación con la creación, no entra en un país extraño, sino que viene a

su propiedad (1,9-11). Ya desde sus relaciones básicas, tiende a comunicar y a unir; es el Verbo de Dios dirigido a su creación.

La relación especial del Verbo con los hombres es caracterizada como vida y como luz. En el Antiguo Testamento se afirma: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi camino» (Sal 119,105) y «¡Estoy profundamente afligido, Señor; dame vida con tu palabra!» (Sal 119,107). La propiedad fundamental del Verbo es ciertamente la vida, la infinita plenitud de vida, en la que no hay sombra alguna de muerte y de limitación. El Verbo se caracteriza por la vida, igual que Dios es el Dios vivo (cf. Jn 5,26). Mediante esta plenitud inagotable de vida, se convierte para los hombres en luz que ilumina, que irradia claridad, que hace posible vivir y orientarse. A través de esta vida suya, todo queda iluminado y se transforma en ámbito de vida; la muerte, sus tinieblas y todas sus sombras desaparecen. Por medio del Verbo, de su radiante resplandor, de la orientación y meta que da, se hace visible a los hombres, destinados a la muerte, lo que es vida verdadera y plenitud de vida.

Pero aquí se declara también, por primera vez, que la obra del Verbo debe prevalecer contra toda fuerza hostil. Las tinieblas rodean todos los poderes que quieren privar a los hombres de la luz y obstaculizar su influjo iluminador. Todo el Evangelio habla del conflicto entre la luz y las tinieblas. Pero la luz resplandece y prevalece; la mención de una gran amenaza termina con el gozoso y triunfante anuncio de la victoria, que anticipa el resultado de la lucha: «Las tinieblas no vencieron a la luz» (1,5). La luz viva y vivificadora continúa iluminando a los hombres.

Después de una primera mirada a Juan como testigo (1,6-8), se explica a continuación la venida del Verbo al mundo (1,9-13). Viene como la luz verdadera, como luz que lo es realmente y en

plenitud, y que resplandece para cada hombre. Sobre cada uno despliega su naturaleza de luz, su poder iluminador. Pero encuentra una acogida desigual. El evangelista afirma dos veces seguidas que el Verbo de Dios fue rechazado. Estaba en el mundo, pero el mundo, que le debe su propia existencia, no comprendió quién era el que tenía ante sí; la criatura es ciega y quiere seguir siendo ciega ante su Creador. Con la expresión «los suyos» (Jn 1,11) se hace referencia también al mundo humano en cuanto propiedad de su Creador, o bien a Israel en cuanto pueblo de Dios (cf. Sal 135,4). Los suyos le han dejado fuera, a la puerta; no han querido tenerle entre ellos. Todo el evangelio de Juan, desde aquí hasta la crucifixión de Jesús, mencionará dicho rechazo. Aquí se pone de manifiesto la relación de aquellos que rechazan con el que es rechazado: las criaturas no quieren saber nada de su Creador, que no sólo las ha creado, sino que ha descendido a buscarlas en su mundo.

Pero el Verbo de Dios ha sido también acogido. Su acogida tiene lugar por medio de la fe y lleva consigo llegar a ser hijos de Dios. Creer en alguien significa darle plena adhesión y confianza, fundamentar todo en él, abandonarse completamente a él. Esta fe es una decisión personal del hombre, una actitud de su voluntad. Por la fe el hombre dispone de sí mismo, se compromete plenamente y se fía del otro para el presente y para el futuro. Para Juan, la fe («creer en *él*») es la actitud fundamental que el hombre debe tener en relación con Jesús. El evangelista habla 33 veces de ella y, con una excepción en 14,1 (fe en Dios), el punto de referencia es siempre Jesús. La expresión «creer en su nombre» es más rara (1,12; 2,23; 3,18; 1 Jn 5,13), pero siempre hace referencia también a Jesús. Significa fiarse plenamente de alguien en cuanto que es aquel que se designa con su nombre.

El que decide abandonarse a una persona está guiado por el reconocimiento y por la clara conciencia de quién es aquel al que uno se abandona. Como se desprende de 3,18 (cf. 1 Jn 5,13), el nombre del Verbo es «Hijo unigénito de Dios» (cf. 1,14.18). Nosotros, pues, acogemos al Verbo cuando lo reconocemos como Hijo unigénito de Dios y confiamos plenamente en él.

A todos aquellos que creen en el Verbo divino se les da el derecho de llegar a ser hijos de Dios. La relación de un padre con sus hijos se caracteriza por el hecho de que él les transmite la vida y viven un vínculo familiar personal. Hijos de Dios son aquellos que han recibido de Dios la vida y pueden vivir en unión con él. Pero esta vida de hijos de Dios es radicalmente diversa de la terrena, tal como lo demuestra el hecho de que se excluye un conjunto de factores que caracterizan el origen de la vida terrena natural (1,13). Al nacer de nuevo de Dios (cf. 3,3), nos hacemos sus hijos, obtenemos la vida eterna, la participación en su misma vida. Este nuevo nacimiento depende de la fe en el Hijo unigénito de Dios.

El campo de referencias establecido por Juan en el prólogo de su evangelio es amplio. Llama a Jesús «el Verbo», vinculándolo así con todas las formas de solicitud de Dios por los hombres y considerándolo como el culmen y el cumplimiento de todas ellas. Determina las relaciones esenciales de este Verbo con Dios, con todo lo creado y con los hombres, y sobre esta base define las respuestas a su venida: rechazo y acogida. Se hace así comprensible también el significado de su venida: el Verbo, que proviene de la unión eterna con Dios y es igual a él, debe hacernos partícipes, por medio de la fe, de la vida eterna de Dios. Este es el horizonte desde el que se despliega toda la historia de Jesús.

Preguntas

1. ¿Cómo experimentamos y conocemos el hablar humano (comunicación, expresión de confianza, aliento, aprecio, etc.) y el callar humano (por necesidad, mutismo, falta de interés, rencor, etc.)? ¿Qué significado tiene para nosotros el Verbo de Dios?
2. ¿Somos capaces de percibir que estamos con frecuencia rodeados de tinieblas? ¿Qué se interpone entre yo y mi Creador? ¿Me lo oscurece y me impide una viva comunión con él? Muchas cosas pueden parecernos, efectivamente, más interesantes, más importantes, más convincentes y más prometedoras que la acogida al Dios que se nos da.
3. El prólogo de Juan es el pasaje evangélico más leído en el Tiempo de Navidad. ¿Qué aspectos de la venida de Cristo, que es el contenido de la fiesta natalicia, se ponen de relieve en este pasaje?

El lenguaje del evangelio de San Juan puede parecer monótono y difícil; pero constituye, en realidad, una sucesión de encuentros llenos de tensión... Cada una de sus páginas se refiere al mensaje nuevo e inaudito sobre Dios, que nos ha llegado a través de Jesús, el Hijo de Dios.

Con su amplísimo conocimiento, Klemens Stock nos introduce en la profundización de los textos del cuarto Evangelio, en una sinfonía meditativa, hondamente marcada por la fe. El mensaje evangélico se entresaca leyendo de cerca el texto. Las preguntas al final de cada capítulo ayudan a recordar que el evangelio nos plantea cuestiones radicales y pide como respuesta nuestra conversión. Esas preguntas marcan precisamente el tono de una lectura reflexiva del evangelio, una invitación a la meditación, a que el evangelio se haga carne en el lector.

didaskalos

9 788419 431158